

embargo, no queriendo la antigua escuela convencerse de que en semejante caso, mata á golpe seguro, atribuye la muerte del enfermo á la malignidad de la enfermedad.

La digital purpúrea, es quizá entre los paliativos el mas temible y con el que mas arrogante, sin embargo, se presenta la escuela alopatíca, cuando quiere hacer que baje el número y la fuerza de los movimientos de sistole y diástole del corazón. La primera dosis de este poderoso medicamento, que obra aquí de una manera enantiopática, disminuye seguramente el número de las pulsaciones arteriales por algunas horas; pero no tarda mucho el pulso en recobrar su antigua velocidad. Si se aumenta la dosis con el fin de amainar de nuevo el impulso del corazón, todavía se logra por algunas horas; pero aun es mas fuerte luego la reacción. Entonces dobla el alópata las dosis de digital y acorta las distancias de su administración; pero ya no solamente la virtud de esta planta es completamente ineficaz para contener la frecuencia de los latidos del corazón, sino que el número de las pulsaciones crece hasta el punto de no poderlas contar, y el enfermo, que ha perdido ya el apetito y las fuerzas, se encuentra trasformado en un verdadero cadáver. Los pocos enfermos, que, tratados con la digital, escapen de la muerte, caen infaliblemente en una manía incurable (1).

x Estos son los tratamientos empleados por los alópatas.

Los enfermos hasta hoy, se veian obligados á sujetarse á estos desastrosos procedimientos, pues ningun alivio hubieran

(1) Uno de los jefes de la escuela antigua, Hufeland, ensalza, no obstante la digital para llenar esta indicación: «Nadie negará, dice, que la excesiva energía de la circulación puede apaciguarse con la digital.» La experiencia diaria y constante niega, sin embargo, á este remedio enantiopático heroico semejante efecto.

hallado mudando de médico, por que la instruccion de todos ellos procedia del mismo manantial impuro.

La causa fundamental de las enfermedades crónicas, no venéreas, y los medios apropiados para curarlas, eran desconocidos de los prácticos, quienes, sin embargo, hacian ostentación de sus curaciones, dirigidas, segun ellos afirmaban, contra las causas, y del cuidado que aparentaban tener en buscar el origen de las enfermedades, para formular su diagnóstico razonado (1). ¿Cómo hubieran podido curar el inmenso número de enfermedades crónicas con sus métodos indirectos, imitaciones peligrosas é imperfectas del impulso de la fuerza vital automática, impulso que no está destinado á servir como modelo de la conducta que debe seguirse en medicina?

Los que creían que la causa de la enfermedad podia deducirse de los síntomas que esta espresaba, dirigian sus pretendidas curaciones radicales contra el espasmo, la inflamación, la plétora, la fiebre, la debilidad parcial ó general, la pituita, las obstrucciones, la putridez, etc.; figurándose que iban á separar la causa de la enfermedad con sus antiespasmódicos, antiflogísticos, fortificantes, escitantes, antisépticos, fundentes, resolutivos, derivativos, evacuantes y otros medios antagonistas, cuyos efectos no conocian, sino muy superficialmente.

Pero estas vagas indicaciones no son suficientes para buscar y encontrar remedios que lo sean verdaderamente para el enfermo, y menos aun para hallarlos en la *materia médica* de la antigua escuela, que, como he demostrado en otro lugar (2),

(1) En vano Hufeland quiere honrar á su antigua escuela, diciendo, que ella se entrega á esta investigación; porque se sabe que antes de la publicación de mi *Tratado de las enfermedades crónicas*, la alopatía habia ignorado durante veinte y cinco siglos el verdadero origen de estas afecciones.

(2) Véanse los *prolegómenos* de mi *Tratado de materia médica pura*, t. I, página 1, cap. *Fuentes de la materia médica ordinaria*.

se apoya, las mas veces, en simples conjeturas y en conclusiones deducidas de los efectos obtenidos de la aplicacion de esos medios en las enfermedades.

De una manera mas irracional y arriesgada se procedia aun, cuando dejándose guiar por indicaciones todavia mas hipotéticas, se dirigia la medicacion contra la superabundancia ó falta de oxígeno, de carbono, de azoe ó de hidrógeno en los humores; contra la exaltacion ó disminucion de la irritabilidad, de la sensibilidad, de la nutricion, de la vascularidad, de la astenia, etc.; sin conocer medio alguno que poseyera la virtud de alcanzar objeto tan fantástico. Pero esto no impedia que se hiciera ostentacion de estos medios curativos, que ninguna ventaja reportaban al enfermo.

Pero toda apariencia de tratamiento racional de las enfermedades, desaparecia al fijar la atencion sobre la costumbre consagrada por el tiempo, y aun formulada como ley, de asociar diferentes sustancias medicinales para componer lo que se llama una *receta* ó *fórmula*. Pónese á la cabeza de esta fórmula con el nombre de *base* un medicamento, cuya esfera medicinal es completamente desconocida, pero al cual se le supone la virtud de combatir el carácter principal que el médico atribuye á la enfermedad; únense á la base, como *ayudantes*, una, dos ó mas sustancias, cuya manera de afectar al organismo no es menos desconocida que la base, pero que van destinadas por el médico á llenar alguna indicacion accesoria, ó á dar mayor energia á la virtud curativa de la primera; añádese luego un *correctivo*, cuyas propiedades medicinales no se conocen mejor que las de los agentes anteriores; se mezcla todo, haciendo entrar unas veces un jarabe cualquiera, ó un agua destilada, que tambien posea sus virtudes medicinales, y se supone que cada uno de los ingredientes de esta mezcla, una vez introducidos ya en el cuerpo del enfermo, desempeñará el papel que el

pensamiento del médico le ha señalado, sin dejarse perturbar por los demas que le acompañan. El buen sentido se opone á admitir que los medicamentos así mezclados, se conduzcan simultáneamente en el cuerpo del enfermo de la manera que el médico les ha mandado. Uno de estos medicamentos destruye al otro total ó parcialmente en su modo de obrar, ó le imprime, lo mismo que á los demas de la mezcla, un nuevo modo de accion, que no se habia previsto; de manera que el efecto que se esperaba de su administracion no ha podido producirse. El inesplicable enigma de las mezclas de medicamentos, trae consigo muchas veces una modificacion de la enfermedad, que no podia esperarse, y que á veces no puede distinguirse bien en medio del conjunto de síntomas; de donde muchas veces procede, que no atribuyéndose esta modificacion al uso de los medicamentos administrados, se continúa haciéndolo de la receta, hasta determinar una nueva enfermedad artificial permanente. De cualquiera manera, ó se añade una enfermedad artificial á la enfermedad originaria, ó se agrava la afeccion primitiva. Si el enfermo no usa por mucho tiempo los medicamentos de una misma receta y se le dan los componentes de otras distintas y variadas, con frecuencia resulta por lo menos el aumento de la debilidad, porque las sustancias que se prescriben para cumplir con esa indicacion, generalmente tienen poca ó ninguna analogía con la enfermedad primitiva, y no hacen mas que atacar la integridad del organismo, sin utilidad alguna para el enfermo.

Aunque fuese conocida la accion de los medicamentos sobre el organismo humano (y el médico que pone una receta, la mayor parte de las veces, no conoce ni la centésima parte de los que formula), mezclando muchos de ellos, algunos de los cuales son ya compuestos, y cada uno difiere mucho de los otros relativamente á su energia especial, y ordenando que el

enfermo tome esta mezcla incalificable á grandes dosis y frecuentemente repetidas, pretendiendo un efecto curativo, cometeria un absurdo, que no puede menos de reconocer todo hombre que no abrigue prevenciones y que esté acostumbrado á reflexionar (1). El resultado de esta medicacion es naturalmente opuesto al que se espera. Con ella se producen cambios, es verdad, pero no hay uno solo que venga favorable, ni sea conforme al objeto que se desea.

Si yo preguntara ahora, á cuál de estas maniobras, ejecutadas á ciegas en el cuerpo del hombre enfermo, se podria llamar con fundamento curacion, ¿qué se me responderia? Que ninguna seguramente.

La curacion solo debe esperarse de la reaccion de la fuerza vital, despues que esta fuerza ha recobrado su ritmo natural de actividad, en virtud de un medicamento apropiado. En vano se esperaria conseguirla estenuando el cuerpo, segun los preceptos de lo que se ha llamado el arte de curar. ¡Y sin em-

(1) Hombres ha habido en la escuela ordinaria que han reconocido lo absurdo de las mezclas de medicamentos, aun cuando ellos mismos siguiesen esta eterna rutina, condenada por su razon. Herz, se espresa de la manera siguiente: (*Journal de Hufeland*, II. pág. 33.) «Si se trata de hacer que cese el estado inflamatorio, no empleamos solamente el nitro, ni la sal amoniaco, ni los ácidos vegetales, sino que ordinariamente mezclamos muchos antilogísticos, ó bien los hacemos alternar los unos con los otros. Si se trata de resistir á la putridéz, no nos basta para alcanzar este objeto, administrar en gran cantidad de cualquiera de los antisépticos conocidos, la quina, los ácidos minerales, el árnica, la serpentaria, etc.; mas bien reunimos muchos de ellos, esperando mejores resultados de su accion combinada, ó bien, ignorando lo que mas convendria en el caso presente, acumulamos muchas sustancias, y dejamos á la casualidad el cuidado de hacer que se produzca por unas ó por otras, el alivio que deseamos. Así es raro que se escite el sudor, que se purifique la sangre, que se resuelvan obstrucciones, que se provoque la espectoracion, y aun que se purgue, con la ayuda de un solo medio. Para obtener este resultado, nuestras fórmulas son siempre complicadas, casi nunca son simples y puras; no podemos considerarlas como experimentos relativos á los efectos de las diversas sustancias que entran en su

bargo, la escuela antigua no sabe oponer á la marcha de las enfermedades crónicas, mas que medios propios para martirizar á los enfermos, agotar las fuerzas, estraer los humores y acortar la vida! ¿Cómo puede salvarse destruyendo? Y si la medicina antigua, destruyendo pretende salvar, ¿merece el titulo con razon de arte de curar? Obrando *lege artis*, de la manera mas opuesta á su objeto, y haciendo lo contrario de lo que seria conveniente ejecutar, y esto de una manera, que casi se halla uno inclinado á creer que es con intencion decidida de hacer daño; ¿es posible que debamos tolerarla y la dejemos preconizar tranquilamente sus curaciones racionales?

En estos últimos tiempos se ha exagerado tanto en su crueldad para con los enfermos, y en lo absurdo de sus métodos de tratamiento, que todo observador imparcial lo ha llegado á conocer, y hasta los médicos salidos de su propio seno, movidos por su conciencia, como Kruger-Hausen, se han visto obligados á confesarlo públicamente.

» composicion. A la verdad, en nuestras fórmulas establecemos doctoralmente
 » una gerarquía entre los medios, y llamamos *base* á aquel á quien propiamente
 » hablando confiamos el efecto, dando á los otros el nombre de *ayudantes*, *cor-*
 » *rectivos*, etc. Pero es evidente, que esta clasificacion es en gran parte arbitraria.
 » Los ayudantes contribuyen tambien al efecto total como la base, aunque no
 » podemos determinar su grado de accion. La influencia de los correctivos sobre
 » las virtudes de los dichos medios, tampoco puede ser indiferente; deben au-
 » mentarlas, disminuirlas, ó imprimirlas otra direccion. El cambio saludable que
 » determinamos con la ayuda de semejante fórmula, debe siempre ser considera-
 » do como el resultado de la reunion de su contenido, sin que de ello podamos
 » deducir nada relativo á la actividad especial de cada uno de los medicamentos
 » de que se compone. Sabemos muy poco para conocer lo que hay de esencial
 » en todos los medicamentos, y nuestros conocimientos son muy limitados para
 » saber las afinidades que se desplagan, quizá por centenares, cuando se mezclan
 » los unos con los otros, para que podamos decir con certeza cuáles son el modo
 » y el grado de energía de una sustancia, aun la mas indiferente en apariencia,
 » cuando esté introducida en el cuerpo humano, combinada con las otras.»

Tiempo era ya de que la eterna sabiduría del Criador y conservador de los hombres, pusiese término á estas abominaciones, y que hiciese aparecer una medicina contraria, que en vez de agotar los humores y las fuerzas, por medio de vomitivos, purgantes, baños calientes, sudoríficos y sialagogos; de deramar á torrentes la sangre indispensable á la vida; de atormentar con toda clase de medios dolorosos; de añadir incesantemente nuevas enfermedades á las antiguas, y de hacer incurables á estas últimas por el uso prolongado de medicamentos heróicos, desconocidos en su manera de obrar; en una palabra, de colocar los bueyes detras del arado, y de allanar sin piedad ancho camino á la muerte, economiza todo lo posible la fuerza de los enfermos, y les lleve con suavidad y prontitud á una curacion duradera, con el auxilio de un corto número de agentes simples, bien conocidos en su accion, elegidos con discernimiento y administrados á dosis fraccionadas. ¡Tiempo era ya de que se descubriese la Homeopatía!

F

EJEMPLOS DE CURACIONES HOMEOPATICAS,

VERIFICADAS INVOLUNTARIAMENTE

POR MÉDICOS DE LA ESCUELA ANTIGUA.

2^a II *segunda*2^a *segunda*

La observacion, el estudio, la meditacion y la experiencia me han enseñado, que la marcha que debe seguirse para obtener verdaderas curaciones, suaves, prontas, seguras y duraderas, consiste en elegir con acierto para cada caso individual de enfermedad, un medicamento, capaz de producir por su propia virtud una afeccion semejante á la que se pretende curar, que es precisamente lo contrario de lo que enseñan los preceptos alopáticos.

Este nuevo método de tratar las enfermedades, nadie antes que yo lo ha enseñado, ni puesto en práctica. Pero si este método es el único que está en armonía con la verdad, de lo que podrá adquirirse entero convencimiento leyendo este libro, tenemos derecho á esperar, que, aunque desconocido por tan larga série de siglos, cada uno de estos nos ofrezca, sin embargo, pruebas decisivas de su existencia ignorada (1). Esto en efecto es lo que sucede.

(1) La verdad es eterna, como la misma Divinidad, y los hombres, aunque pueden olvidarla por mucho tiempo, llega por fin el día, en que cumpliendo los altos designios de la Providencia, sus rayos penetran la nube de las preocupaciones y derraman una claridad benéfica, que nada es capaz de extinguir en adelante.